

Ermuko Udal Liburutegia / Biblioteca Municipal de Ermua

CARTA PARA AANISA

EN TIEMPOS DE GUERRA

Alba Senda

Otoño. Alepo. Siria.

Amada Aanisa, esta es mi enésima carta sin remite.

La guerra sigue, y tú no estás.

El crepúsculo en Alepo explota en llamas.

Esquivo la muerte. Pero no sé por cuánto tiempo.

Sobre mi refugio caen bombas, mientras te escribo

y la ciudad se amontona en ruinas, bajo un cielo rojo y espeso.

Ha vuelto el silencio, y una fina lluvia como diminutos pétalos

todo lo empapa con su abrazo, espantando el fúnebre olor a vinagre.

Siento el oxígeno invadiendo mis pulmones

y no puedo evitar acordarme de ti, de los jazmines y las luciérnagas.

Acuden a mi noche insomne

las coloridas luciérnagas que iluminaban nuestro jardín,

el beso infinito de tu piel y los jazmines.

Este apocalipsis golpea mis entumecidos ojos

de tristes muertos polvorientos hasta la médula

vagando entre abiertas cárceles sin luna, como prófugas sombras proyectadas

sobre la crédula y lúgubre sábana de la nada.

Esta guerra amor, acabaría con mis fuerzas de no ser por tu recuerdo.

No consigo que los muertos se queden en sus tumbas

y hablar con ellos me ayuda a espantar la sedienta muerte.

Algún día saldrán todos a las calles y los campos de Siria

y gritarán con los ojos cubiertos de ceniza su crimen,

su exterminio,

y su nombre,

uno a uno,

para vergüenza del mundo.

El general sigue en su palacio, devorando flores y palomas

mientras blande su espada amenazante sobre hormigas y calaveras.

Todo es trivial. Nada ocupa la latitud correcta, salvo el miedo.

Cuando la hermosa luz vuelva a los campos floridos

y las tumbas estén selladas

quemaré mis poemas de guerra y amargura

sobre el fuego rojo de las amapolas.

Y tú y yo, náufragos ensangrentados de olvido,

estallaremos como los brotes del cerezo en primavera,

enredados en un laberinto de labios desatados.

¡Oh niña, abre las ventanas y las puertas,

que la alcoba se llene de coloridas luciérnagas!

Mañana habrá pasado siglos sin ti Aanisa; sin verte.

Sin tus palabras a la sombra de un poema de amor

invadiendo de luciérnagas los bosques más oscuros.

Habrá pasado siglos sin mis pies desnudos sobre tu vientre.

Tal vez llore muchas veces antes de que termine esta guerra

insaciable de tumbas blancas que acaba tragándose la tierra.

La piedad ya no transita en estos días de ataúdes y banderas.

Volverá la paz, amor,

y regresaremos al mar, si es que aún existe.

A veces rezo durante horas,

mientras retiro de las calles los inocentes cuerpos

de niños insepultos manchados por la ira.

La piedad ya no transita en estos días de luna fría,

obscenos y sedientos de ataúdes y huesos.

Un mar de trincheras recorre la ciudad de punta a punta,

dando cobijo a desdichadas sombras mitad hombres, mitad fantasmas.

Los pájaros, refugiados entre el retorcido paisaje, palidecen de miedo

ante las procesiones de blancos sudarios inmóviles y desamparados.

Cuando vuelva la paz
nos sentaremos entre los naranjos de nuestro jardín
y escucharemos el lenguaje de las luciérnagas
mientras la noche oceánica se derrama en estrellas.

Estoy en la cola del pan y veo mi nombre escrito en una bala.
Es domingo. Se acumula el silencio. Pero tú no estás y el mar queda lejos.
Un violín de verdicillos sirios inunda de paz esta trémula agonía.
Hoy viviré sin amontonar más palomas de alas rojas en mi álbum de fotos.

Cuando estalle la paz, amor,
volverá el mar esmeralda a tus ojos, gastados por el llanto.
Cuando vuelva la paz, amor,
bailaremos sobre las almohadas, entre una lluvia de jazmines y luciérnagas.

Entre tanto, la ciudad duerme
huérfana de picassianas palomas de alas abiertas,
golpeada por la herida amarga de tu ausencia.